

# Viajar en autobús metropolitano en 500 palabras

II Edición

Primer premio

Miguel Ruiz Poo

## Enumerando la vida

Según el telediario, el verano era un arma letal. Ella cogió su plato, la ensaladera, su vaso y se dispuso a hacer el camino doscientos diecisiete mil treinta y cuatro al fregadero.

Contó las siete cucarachas que merodeaban por la cocina. Tres grandes, dos medianas, dos pequeñas. Se dió cuenta que el tiempo de las cucarachas era el verano -florecen al mismo tiempo que mis bultos, pensaba.

Contar no era lo mismo desde que estaba sólo en casa. Siempre un plato, un tenedor, un cuchillo, un vaso. Sin embargo, este pasatiempo admitía muchas variables.

Esperaba amodorrada en el sofá su encuentro con el fresco de la tarde, mientras veía los culebrones de la parrilla televisiva.

La trama poco le interesaba, sólo se dedicaba a contar cuantas prendas se repetían o cuantas veces se utilizaba la misma palabra durante la emisión. La palabra de hoy era soledad.

Llegó la hora y, aunque el fresco no vino, se dispuso a salir a la calle. Chari no se conformaba con sacar una silla al corralillo y ver pasar a la gente. Chari había descubierto que si estaba en movimiento ese juego de contar admitía infinitas variables.

Sacó su tarjeta mágica, esa que le permitía montar en infinitos autobuses un número de veces infinito, y se dispuso a realizar su paseo diario.

Antiguamente, Chari usaba siempre el 10. Aprovechaba las tardes de verano para ir al cementerio a visitar a Ángel. Durante el viaje, con una calidad casi fotográfica, recordaba los veranos que había pasado en familia. Tenía un listín cronológico con los viajes a América, Egipto, Ponferrada, Cádiz y muchos más destinos.

Hace algunos años, la calidad de esas fotos empezaron a flaquear, los recuerdos velados no son recuerdos y, simplemente, quedaron en el listín como negativos inservibles de otro tiempo. Entonces cambió su ruta.

En una de las cosas en las que Chari era inflexible era en el hecho de hacer siempre la misma ruta. Invariablemente, siempre cogía el número 32.

A un conductor un día le dijo que en el año 32 fue cuando vio por primera vez a Angelito, su difunto marido, y que por eso viajaba siempre con ese número.

-Hola Juana, ¿cómo están los niños?

-Bién, Chari, bién. Hoy vienes con retraso. Raimundo y Carmen preguntaron por tí.

-Sí, me quedé hasta el final de la novela. Mañana los veré. Qué rico se está aquí adentro, a ver cuanto te dura el aire.

Le gustaba sentarse del lado derecho del autobús para poder contar mejor todo aquello que se mueva por la acera más cercana. después de 80 años, entre otras cosas, la vista empezaba a flaquear.

Hoy iba a contar personas que caminaban solas por la calle. Era mal tiempo para su cacería, a las ocho de la tarde y en pleno verano la ciudad está aún desierta. Uno, dos, tres, cuatro, cinco.

Era un juego de niños, ella lo sabía.

-Otra vuelta, ¿no, Chari?

